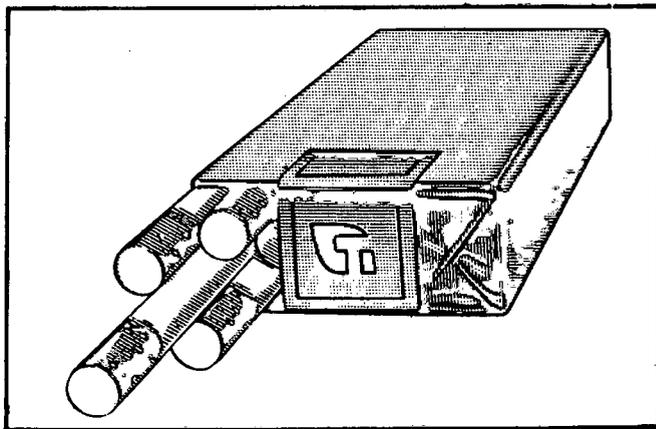


La publicidad venezolana está decidida a hacernos asimilar, con la implacable persecución de la que somos universalmente los pacientes, la suavidad. El humo de los cigarrillos, por los métodos audiovisuales, difunde en los alvéolos y en toda profunda cavidad de nuestro cuerpo, la suavidad. Esta promesa se repite todo el día; y las imágenes de la TV, envueltas en velos azules que no tocan el suelo y apenas se rozan entre sí, rompen el gusto y la aceptación de reacciones violentas, con esta música hecha imagen y sonido murmurante esta promesa: tú necesitas suavidad, y esta marca de cigarrillos te la proporciona. Y cuando otra marca concurre a tan beneficioso compromiso de suavizar lo interior del hombre endurecido por tantas agresiones, la primera marca se empeña en hacer la suavidad supersuave.



## QUE SUAVE ES..

ARTURO PAOLI

Es evidente que este derroche de suavidad, representado por danzas celestiales, sobre alfombras de flores, y murmuradas en ritmo constante, que rompe la propaganda agresiva de los pantalones inmortales y de los zapatos regalados, cubre una necesidad psicológica; porque también el ron y el whisky, que en todas partes del mundo arañan la garganta y golpean virilmente el estómago, se hacen dulces como la miel y acarician con suavidad garganta y estómago. Los que esperaban un ruido de guijarros pisados, que atestigua una estimulante experiencia del vicio, están terriblemente decepcionados. Si se atreven a engurgitar aquel tipo de ron o de whisky, se arriesgan a pasar al grupo de las sombras etéreas envueltas en velos azules, al ritmo del único verso de una poesía vaciada de todo resto de

angustia: Qué suave es, qué suave es... Habrá que pedir a un gripón o a un cáncer la voz de un frecuentador de "night club", porque en la boca del hombre entran sólo ríos de suavidad.

La propaganda de la suavidad suena a tremenda ironía cuando volvemos desconsolados de una de las tantas ventanillas burocráticas; lugar de encuentro con una mujer que tiene muchas cualidades evidentes, excepto la suavidad. Y la experiencia se repite en las mesas de los servicios turísticos, o en las taquillas de entrada al cine. Parece que la suavidad se queda en el aire y que se burla de nuestra desolación.

Después de haber conocido a la mujer venezolana en sus relaciones de familia, y haberla encontrado amable, acogedora, rica en todas las cualidades femeninas, uno se pregunta por qué, en una ventanilla, se encuentra con este punzón que te hiere y te hace sentirte engañado y burlado por el estribillo permanente: qué suave es, que suave es... Una venezolana inteligente y sensible me ayudó a comprender esta contradicción. La mujer que trabaja lo hace raramente por razón de una vocación profunda: o es la querida que el hombre mantiene con la ayuda de la administración pública, facilitándole, con palanca, un empleo. O es la solterona, sin posibilidad de endosar su presupuesto a un hombre responsable, o es la esposa que necesita completar sus ingresos con una entrada suplementaria. Por eso, la mujer va al trabajo cargada de agresividad y de protesta que descarga sobre la causa inocente, que le pide una prestación nada agradable. Mi guía, muy experta en psicología, me ayuda a descubrir la imagen

que la mujer asimila del macho venezolano. En las relaciones de trabajo, que la rabia y la protesta hacen terriblemente primarias y sinceras, la mujer proyecta inconscientemente esta imagen del macho.

El tono masculino violento reproduce el momento de la ocupación, la visión del asalto. Una mano fuerte le dió un momento agradable de protección y de seguridad, que se borra inmediatamente por la sensación cierta de pertenecer a un ser violento que cuenta solo con su superioridad física. La Doña Bárbara de Rómulo Gallegos es la representación artística de esta mujer masculina que encarna y hace historia la violencia que la agarró como una presa, poseída y abandonada en una sucesión de raptos sin diálogos. Doña Bárbara, surgida de los llanos de una Venezuela salvaje y fascinante, se hizo ciudadana; y sigue en las oficinas alfombradas su venganza; buscando destruir a quien le arrancó para siempre la suavidad.

Otra respuesta, menos áspera, penetra la pregunta de acá y la contestación de allá de la taquilla sobre las manos que se mueven mecánicamente para la entrega del documento pedido, y reducen el encuentro a un anonimato tan radical que vacía dolorosamente el sentido de ser persona. Pregunto a la que me orienta en esta búsqueda de la psicología de la relación si son las horas pasadas detrás de una ventanilla las que vacían la relación más íntima entre el yo del hombre el tú de la mujer, o si esta relación burocrática, tan evidentemente despersonalizada, es la proyección de una relación interpersonal que reduce a la mujer como objeto erótico.



co. Mi guía cree verdaderamente la segunda hipótesis. El vacío de persona que no tiene ya ni el eco de un "buenos días" o de un "hasta luego" o de un "gracias", proyecta una relación en la cual el hombre no fue capaz de hacer sentir que el tú es escoger, es un llamar por su nombre, un crear amistad, en lugar de dispersarse en una biología indiferenciada. El amor como sorpresa, como estremecimiento de admiración frente a la milagrosa circunstancia de tiempo y de espacio que es al origen del encuentro, esta mujer no lo ha vivido.

Conoce el interés erótico que a veces despertó su cuerpo, pero no conoció nunca este despertar de la persona sorprendida de que pueda existir en el mundo una posibilidad de explicitar los intereses más profundos y de encontrar una armonía en los motivos cantados y llorados en secreto, defendidos por el pudor de ser incomprendidos y burlados.

La persona detrás de la ventanilla vivió un encuentro sin sorpresas, entró en una vida como un hecho ordinario y necesario, como interrupción necesaria, medio alegre y medio pesada, sin poder ir más allá de la línea del caso accidental. Y sus manos lo expresan con un movimiento resignado, hecho función despersonalizada y despersonalizante.

La visión política del macho se expresa también en esta rápida relación de servicio en una ventanilla del correo o de una compañía de transporte o de un ministerio. La historia de astucia y de habilidad de un conductor de vehículo capaz de una velocidad limitada, empeñado en adelantarse a carros poderosos por la dimensión y la velocidad. La crueldad de una competencia que no admite retirar ni por un momento su atención de todo detalle que asegure éxito o supervivencia, se hace visible en esta habilidad burocrática que concede lo mínimo para no salir del juego. El despecho y el sufrimiento que generan tales encuentros concentran en el tema de la relación, que es el signo más doloroso de nuestra condición humana.

Habría que empezar por abolir la palabra "amor" por lo menos en los ambientes donde se pretende pronunciarla con responsabilidad. Porque el amor, en nuestra manera de ver, aparece como un valor estático. La misma concentración en el corazón como el que lo contiene, como una especie de bolsita plástica donde se deposita este elemento líquido o gaseoso que se llama amor, insiste en una imagen del amor como cualidad del yo, más que como relación yo-tú, yo-tú-otros. Este señor está lleno de amor; esta señora ha almacenado en toda su vida amor; esta hermanita es una criatura rebotante de

amor; pero tales definiciones no nos dicen nada sobre su capacidad de relacionarse. Más bien, nos hacen pensar en la imagen de la bolsita insuficiente para contener la producción de amor que deja deja derramar el precioso líquido sobre los demás, los pobres sedientos, como el agua de un manantial cae sobre las piedras. Muchas personas llenas de amor son incapaces de relacionarse. ¿No pensaba en eso San Pablo cuando hablaba de personas de darlo todo y de tirarse al fuego, sin amor?

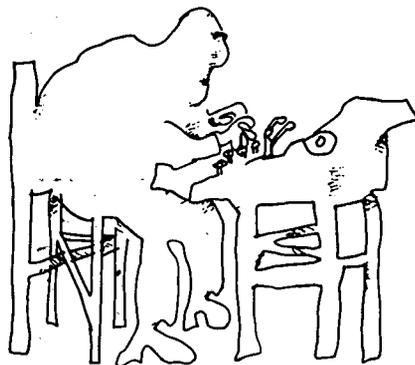
La antropología cristiana insistió en el amor, pero preocupada del ser de la persona en sí más que de su relatividad, se limitó a la visión del amor como cualidad, adorno de la persona, y por eso del amor como limosna. Por las calles empujadas de los barrios de todos los países de la tierra, circularon por siglos damas bienhechoras, hermanitas supermaternales, cargadas de paquetes-donativos, rebosantes de amor, incapaces de relación. Descubrieron una forma práctica de esconder su absoluta y radical incapacidad de diálogo ahogando la personalidad del otro con los abundantes productos de su prodigiosa generosidad. La cultura cristiana asimiló el concepto de caducidad y lo comentó en todo aspecto, pero nunca aceptó el concepto de relatividad. El celibato religioso ¿no debía ser una función de cambio de esta relación interpersonal? Pero, en nuestra teoría espiritual, se consideró como perfección individual, como belleza de la persona, y entonces como prestigio y superioridad del célibe sobre los pobres mortales que no tienen valor de escalar las cimas. Y a menudo los célibes se distinguen por ser agresivos, racistas e incapaces de acoger al nuevo que viene, con cordialidad: la relación no gana nada. La mujer se considera como objeto erótico y hecha para ser poseída por los que no creen tener cuentas abiertas con Dios; y objeto erótico por evitar por los que tienen como ideal

guardar su cuerpo sin mancha. En todo caso, objeto.

Me pregunto si el celibato no tiene la función esencial de reconstruir una relación que generalmente es patológica. Si no debería ser el centro de salvación de la relación que el hombre busca siempre con todas sus fuerzas hacer fuente de alegría; llegando sólo a hacerla modelo de toda injusticia desde la económica hasta la guerra espantosa que vivimos, hasta la que se prospecta en el futuro. Defenderé siempre con fuerza que la gloria de Dios es que "sean uno" es decir que la relación sea óptima, que realice en el mundo este encuentro que es la aspiración universal y la frustración permanente. Me lo hicieron entender los campesinos con quienes vivo, que descubrieron que María es esposa de José y José esposo de María. Y entonces, ¿por qué María está siempre sola en los altares, con el hijo en sus brazos o sin él, con las espadas o sin espadas? ¿Por qué no María con el brazo fuerte y protector de José alrededor de su cuello? La virginidad de María, en nuestro concepto, que se traduce en la iconografía, no crece en la relación siempre más invocada por la desesperada soledad del hombre, sino crece en una perfección solitaria que no se entiende cómo pueda ser "gloria de Dios" si todo el Evangelio está orientado al ideal de hacer comunión entre nosotros.

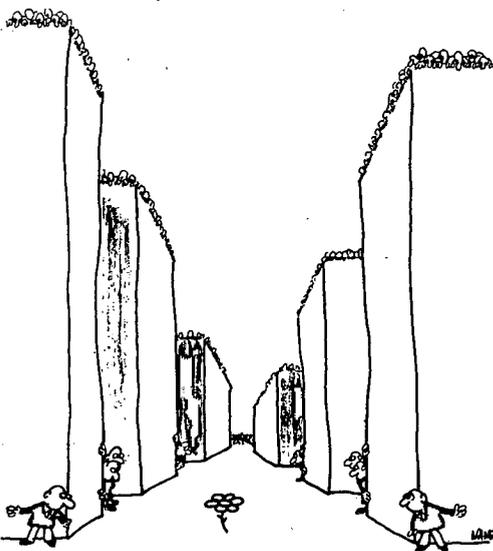
En el año de la mujer he recogido aquí y allá las afirmaciones polémicas sobre la libertad de la mujer, sobre su derecho de invitar al hombre al picnic del sexo, sobre su derecho al aborto, a la píldora, al divorcio. Y en contraposición las beatas católicas, las nostalgias edípicas de los niños apenas destetados que vuelven a la madre y a las abuelas objeto de contemplación de un sexo reprimido y sublimado. Ni unos ni otros adivinaron apuntando vigorosamente a lo que en realidad no es libre: la relación. Los timoratos llegan al problema de la liberación de la mujer por la imagen de la Virgen María; los hijos de la tierra por el recuerdo de la última mujer poseída, que deja el recuerdo estimulante de una fuerza que puede, cuando quiere, "agarrar a la mujer por el pelo" como dice Machiavelli. Pero la mujer no es libre, ni el hombre es libre: la liberación es una transformación profunda, el re-nacer de la relación a partir de la muerte, que es el epílogo de casi todo encuentro.

La suavidad prometida por el cigarrillo y el alcohol, por los colchones y las almohadas, se apoya en la necesidad de liberarse de la violencia de la relación. El hombre se descubre a sí mismo arañado y sangrante en su interior, y le llega oportuno el ofrecimiento de una lubricación interior, un aceite que suavice el espasmo de tales heridas. Y en todo el día,



el radio envuelve las relaciones violentas con este mensaje murmurado con despiadado cinismo. Qué suave es... Y el cinismo se hace burla cuando se piensa que el elemento creador de suavidad, en la realidad araña y esclerotiza todos los órganos internos: pobres de nosotros, heridos y burlados... La publicidad nos ayuda a leer nuestra cultura. Entre las relaciones violentas, y el remedio propuesto como suavidad, dulzura, huída de la realidad en una atmósfera celestial donde perfiles de parejas envueltas en velos se rozan y rozan alfombras de flores, surge la urgencia de una relación humana; una relación humana que no sea violenta ni morbosamente suave como la espuma de los shampoos y del humo. Y es esto precisamente lo que no sabemos encontrar, porque el hombre no llega a relacionarse con la mujer como persona, y la mujer sacrifica en el encuentro su gusto de persona. El drama aparece más claro y más ingenuamente representado, en un país joven como el venezolano, en una cultura que no tiene recursos para esconder sus llagas. Creo que no pasará mucho tiempo y las exigencias del turismo de entregar a los extranjeros, o mejor a la moneda extranjera, estos paisajes bellísimos, y estas comodidades climáticas y ecológicas, cubrirán la trágica demanda de relación humana bajo la sonrisa de la vendedora de pasajes y de la empleada de boutique.

El mal es universal: si fuéramos capaces de aislarlo, separándolo de la casuística en la que ahogamos nuestros verdaderos problemas, descubriríamos el virus que es causa de nuestras continuas enfermedades. A estas orientaciones que nos llegan cínicamente por la publicidad, nos lleva una indicación que viene de la historia, si sabemos leerla proféticamente. El año santo, definido como Año de la Conciliación, es también el año internacional de la mujer; esta coincidencia, no intencional, es históricamente importante. Existe una riña permanente entre el hombre y la mujer, una relación áspera y violenta: ¿proyección de la sociedad capitalista, intrínsecamente competitiva? En el área marxista se afirma perentoriamente. Los que creen en la actualidad y en la eficacia del Evangelio, pecan de claridad y de coherencia. El Evangelio, tan claro y exclusivo en su propuesta de cohesión y de encuentro, en nuestras lecturas se transforma en un curatodo, desde el dolor de cabeza hasta los callos, es un remedio indiferenciado que no penetra en la verdadera historia del hombre. Se dicen cristianos unos movimientos espirituales que van pasando y que no están lejos de la publicidad del "qué suave es, qué suave es..." Nosotros los cristianos nos comprometemos a hacer de la relación áspera y violenta una rela-



ción de comunión. Si redujéramos el cristianismo a esta única empresa, descubriríamos mucho qué hacer; una coherencia, una unidad de visión y un instrumento de análisis de las formas siempre nuevas que la volubilidad y el sufrimiento del hombre descubre como producciones sucesivas del único Evangelio. El artículo "suavidad" es tan deseado y tan vendido hoy, que da la tentación de producirlo en abundancia y ofrecerlo en los automercados. Es una reducción cómoda y alcanzable del amor. Y así muchos movimientos actuales, bajo el estandarte del amor, dan suavidad. Se debería por cincuenta años borrar la palabra amor y hablar de relaciones e intercambios: tal vez descubriríamos que nuestras relaciones no son tan suaves, pero perpetúan en la historia la relación siervo-padrón. Muy lejos de la suavidad. El Evangelio no es suave, ni promete suavidad: pueden ofrecerla unos cristianos superficiales e interesados que quieren envolver en humo y en espuma la superficie áspera del Evangelio. Por mala suerte, en este juego de la producción de suavidad, están muchos de los que se dicen intérpretes autorizados de la Palabra de Dios, personas y grupos que se autodefinen al servicio de la palabra a tiempo completo.

Nos comprometimos a anticipar pequeñas comunidades que den prueba de haber resuelto la competencia capitalista en una capacidad de amar y acoger a los más pobres, las víctimas de la violencia. Llamamos a estas comunidades, con lenguaje técnico y hermético, por la conveniencia de entendernos con pocas señales, comunidades proféticas y escatológicas. Mas tales comunidades no son sombras azules envueltas en velos que bailan en una atmósfera de suavidad. Son grupos unidos seriamente en la entrega de su vida para reconciliar las relaciones entre nosotros. Son comunidades que de la injusticia y de la opresión reclaman una acogida y una fraternidad auténticas; no fingida, sino fundada en una justa distribución de bienes, de responsabilidades; en la posibilidad de alcanzar aquellos niveles posibles a la persona. Comunidades que cantan para animarse a la lucha, o para dar fuerte empuje a la esperanza, y no para gozar de un "nirvana" inocente y estúpido que complace a los que detienen el poder. Estas comunidades no son asilos de niños inocentes, adormecidos por un tetero abundante y mecidos por una música suave. Son comunidades que la promesa de Cristo, de hacer de este mundo en guerra una comunión, capacita para enfrentarse con un análisis científico de la pelea en la historia, y a buscar su puesto en el frente. Allí también se puede encontrar suavidad porque la historia de una amistad tiene siempre, también en guerra, sus amplios espacios de dulzura. ○